

en que nuestro representante entregaba á Miramón sus credenciales, se acercaba rápidamente el día de la ruina del partido reaccionario.

¿Puede darse mayor impericia en un gobierno que debe siempre predecir ó adelantarse á los mismos acontecimientos, sobre todo cuando se deducen naturalmente de los precedentes?

Los españoles residentes en Méjico recibieron con bastante simpatía al embajador español, y no pocas dudas de que si la ocasión hubiera estado mejor escogida, quizás nuestras relaciones con la república mejicana se hubieran establecido más sólidamente que hasta entonces. Pero precisamente las circunstancias que podían militar en favor de la embajada en cualquier otro tiempo, los mismos de los que se alimentaban de transacción, y para cuya realización se habían dado ya algunos pasos, eran un formal inconveniente para conseguir el deseado fin, es decir, la buena y estable armonía entre los gobiernos de Madrid y de Méjico, no fundada en la vida política mas ó menos oscura del general Miramón, sino en intereses y laxos sólidos y estables. Desde que nuestro embajador salió de Cádiz hasta que llegó á Méjico, se habían verificado en aquellas lejanas comarcas importantes acontecimientos, que cambiaron la respectiva situación de los partidos, y precisamente en el mismo instante

los Estados Unidos espiaban entretanto los acontecimientos, tratando de buscar un momento oportuno para intervenir en la lucha y hacerle terminar del modo mas idóneo para el fomento de sus intereses en Méjico.

VIII.

Sucesos de Anton Lizardo.

Los reaccionarios no tardaron en convencerse, que en tanto que no bloqueasen el puerto de Veracruz, interceptando á la plaza todos los auxilios que podía recibir por mar, todas las tentativas de ataque por tierra no tendrían un resultado ventajoso y definitivo para sus armas. Miramón, con el objeto de obviar este grave inconveniente, y no contando con fuerzas marítimas suficientes para vencer á los radicales, despues de proporcionarse los auxilios ne-

ALFONSIANA

cesarios, compró dos buques en la Habana, los armó en guerra, y con ellos se dispuso á establecer el bloqueo de Veracruz.

Sin embargo, Miramon no contó con el enemigo mas poderoso que tenia su gobierno, es decir, el gabinete de Washington, el cual envió al *comodoro* Sarvis con las instrucciones necesarias para que con las fuerzas que estaban estacionadas en Veracruz, se apoderase de los dos vapores de Miramon, inutilizando de esta suerte el golpe que los reaccionarios trataban de dar á la causa de los constitucionalistas.

Mr. Mc-Lane se puso de acuerdo con Juarez para proceder á estas operaciones, y el resultado definitivo fué el apresamiento de los dos vapores de los reaccionarios, por la fragata de la marina de guerra de los Estados-Unidos, *Saratoga*. Con este hecho coincidió casi el apresamiento de la barca mercante española, *María de la Concepcion* por el vapor *India-Española* de la marina mejicana, bajo pretexto de que trataba de ayudar á los reaccionarios, y que habia forjado el bloqueo que en aquellos mares se habia establecido; pero todo el mundo sabia que la verdadera causa era el disgusto con que Juarez y su partido habian visto el tratado Mon-Almonte y los anuncios de las relaciones que trataban de entablarse entre los gabinetes de Madrid y Méjico, á cuya ciudad debia enviar España un embajador.

Dejamos dicho en el capítulo precedente, de

qué manera nuestro embajador entabló relaciones diplomáticas con Miramon, y en el estado precario en que se encontraba el gobierno de los reaccionarios, tanto á causa del apresamiento de los dos buques que habia comprado en la Habana, cuanto por el poco apoyo que encontraba en la pública opinion, en aquel país escesivamente tornadiza y veleidosa, y con pocas simpatías hácia la reaccion.

Los acontecimientos se complicaban por momentos, el partido reaccionario iba perdiendo visiblemente su prestigio, y entretanto los caudillos de Juarez batian á las tropas de Miramon, sublevaban á las poblaciones que hasta entonces habian permanecido sujetas á la causa conservadora, y se acercaban a la capital.

La derrota que en Silao sufrieron las armas de Miramon, decidieron del triunfo de los constitucionalistas, y puso término á aquella desdichada guerra civil, que por espacio de algunos años habia ensangrentado el territorio mejicano, haciendo languidecer al mismo tiempo la industria, la agricultura y demás fuentes de vida de aquella nacion, tan trabajada por las discordias intestinas.

Como era natural, uno de los primeros actos del presidente Juarez, tan pronto como se posesionó de la capital, fué el de espulsar del territorio á todos los individuos del gobierno diplomático que eran afectos al gobierno de Miramon, y en su consecuencia el embajador español se vió precisado

á abandonar la república en un término perentorio (1).

El gobierno español recibió la noticia de este hecho con la reserva propia de todo el que no tiene sistema fijo en los negocios internacionales, y la cuestión no tuvo otras consecuencias por el momento.

Sin embargo, la conducta del gabinete español con respecto á su representante en la república mejicana, dió á entender que hacia recaer sobre él toda la responsabilidad de los acontecimientos. Todo el mundo sabe que no quiso recibirle cuando llegó de aquellas lejanas comarcas, que apresuró la clausura de las cámaras con el visible objeto de evitar revelaciones y censuras, y que finalmente, acriminó su proceder en el Senado de un modo que no queremos calificar.

No obstante, era lo cierto que se nos había inferido en Méjico un nuevo insulto, que el tratado Mon-Almonte había quedado destruido por completo con el triunfo de Juárez, que nuestros súbditos quedaban sujetos á causa de este rompimiento á los caprichos del gobierno constitucionalista, cuya hostilidad hacia los españoles es notoria, que las indemnizaciones se aplazaban indefinidamente, que los repugnantes atentados de San Vicente y Cuernava-

(1) Nuestros lectores comprenderán los motivos por que nos abstemos de comentar ciertos hechos, que por mas que sean del dominio público, tienen un carácter excesivamente personal.

da no habían sido completamente espiados, que se nos había apresado un buque mercante, y finalmente, que las reclamaciones del capitán general de la isla de Cuba no habían obtenido resultado alguno positivo.

Como gran parte de estos desdichados acontecimientos se achacaban, con justicia, á la poca habilidad de nuestros gobiernos, como se acababa de salir de una guerra costosa, que si bien de glorioso timbre para nuestras armas, había sido casi estéril en beneficiosos resultados, la opinion pública no se sobreescitó demasiado por este último acontecimiento, y el gobierno aplazó para otro tiempo la idea de pedir las convenientes reclamaciones por los insultos inferidos á nuestra bandera.

La prensa ministerial, con el objeto de justificar á los ojos del país la apatía del gobierno, anunció repetidas veces que su representante en la república mejicana debía venir á Madrid á dar las satisfacciones necesarias á España, y á justificar la conducta que Juárez había observado con respecto á nuestro embajador; pero los anuncios de los diarios de la situación no se realizaban, y el gobierno mejicano cada vez se mostraba menos dispuesto á entablar relaciones amistosas con la España.

De pronto se empezó á hablar de una expedición contra Méjico, que debía partir de la isla de Cuba, con el objeto de exigir las necesarias satisfacciones por los insultos y desafueros que se nos habían inferido; pero la opinion pública, con la frialdad con

que acogió esta empresa, dió á entender demasiado claro al gobierno, que veía en este nuevo alarde, mas bien que un tributo pagado á la dignidad y á los intereses de la nacion, un medio de adquirir popularidad, separando al propio tiempo la pública atención de los negocios interiores.

Los preparativos para esta belicosa empresa, empezaron á hacerse en la isla de Cuba, y hasta se señalaba ya la época en que debian embarcarse las tropas para dirigirse contra Veracruz.

Como gran parte de la opinión pública no se encontraba demasiado satisfecho por este último acontecimiento, y el gobierno apuró para otro tiempo la idea de pedir las convenientes reclamaciones por los insultos hechos á nuestra bandera, el ministro de la guerra, con el objeto de justificar á los ojos del país la parte del gobierno, anunció repetidas veces que su representante en la república mexicana debía venir á España, á justificar la conducta que habia observado con respecto á nuestro embajador, pero los anuncios de los límites de la negociación no se realizaron, y el gobierno mexicano cada vez se mostraba menos dispuesto á estrechar relaciones amistosas con la España.

De pronto se empezó á hablar de una expedición contra Méjico, que debía partir de la isla de Cuba, con el objeto de exigir las necesarias satisfacciones por los insultos y desmanes que se nos habian inferido; pero la opinión pública, con la frialdad con

entregados á sus propias glorias, y presa de una guerra civil desahogada, no se encontraban en situación de oponerse á los proyectos de los aliados.

Aunque las tres potencias medianas llevaban cada una miras distintas, no hubo dificultades serias que vencer por un mútuo arreglo, y después de los preliminares necesarios se firmó en Londres una convención por los plenipotenciarios de las potencias aliadas.

XIX.

Este convenio contenia los siguientes artículos:
1.º «S. M. la Reina de España, S. M. el Emperador de los franceses, y S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, se comprometen á acordar, inmediatamente después de firmado el presente convenio, las disposiciones necesarias y

Los aliados en Méjico.

Aunque los intereses españoles habian sido siempre los mas vejados en Méjico, tambien la Francia y la Inglaterra tenian agravios que vengar y satisfacciones que exigir. Los gobiernos de estas dos naciones, tan pronto como tuvieron noticia de los aprestos que se hacian en la isla de Cuba, trataron de unir su accion respectiva á la España, para obrar de comun acuerdo contra Méjico. Impulsábalos á esta accion mancomunada, mas que su resentimiento hácia la república mejicana, el recelo de que España por sí sola influyese en aquellas regiones y estendiese su dominio moral en aquellos paises.

Por otra parte, la ocasion no podia ser mas propicia, pues esta intervencion no era fácil que provocase un conflicto con los Estados-Unidos, que

CRISTINA ALFONCINA